

ELEMENTOS DE LA COSMOVISIÓN CRISTIANA AGUSTINIANA: UNA PROPUESTA
PARA UN CURRÍCULO TRANSVERSAL AGUSTINIANO

En esta ponencia trataremos de presentar la visión sobre el mundo de San Agustín, que en definitiva es la concepción cristiana que se separa de las ideas circulantes en el ambiente grecorromano de la época.

1) El Origen del mundo: la Creación

El concepto de creación de la tradición judeocristiana determina la cosmovisión agustiniana en contraposición a la filosofía antigua. Para los platónicos, los seres de este mundo se definían desde arriba, como imagen de las ideas eternas. En cambio, la noción cristiana de la creación introduce una distinción ontológica entre Dios y el mundo, entre el creador y las criaturas. Para ser más precisos, Agustín, gracias al concepto de creación, establece la semejanza dentro de la diferencia entre Dios y el mundo.

Por un lado, el ser creado recibe el ser de su creador. Es semejante a él, tiene grados de semejanza, en cuanto es un “ser”. Aunque se dice de la criatura que “es y no es”, por ser mutable, siguiendo la filosofía griega; ese “es” (parcial, imperfecto, como queramos llamarlo) le viene del “Ser” absoluto que es Dios. Por lo tanto, en cuanto “somos”, en cuanto existimos, nos parecemos a Dios, fuente de todo ser, quien nos ha dado el existir.

Por otro lado, las criaturas, en cuanto mudables, se identifican con el tiempo que es devenir, y la temporalidad viene a ser así una distinción esencial entre Dios eterno y las criaturas temporales. Las cosas de este mundo, por ser creadas, por haber comenzado a

existir, son mutables y temporales, características que las distinguen ontológicamente de Dios inmutable y eterno. La noción de creación explica, de esta manera, tanto la relación como la distinción entre el ser de Dios y el ser del mundo.

Agustín se plantea las cuestiones tradicionales sobre el origen del mundo desde un punto de vista cristiano: ¿El mundo existe desde que Dios existe? ¿Fue creado el mundo después de transcurrir un intervalo de tiempo? ¿Fueron creados juntos: tiempo y mundo? Agustín responde a estas interrogantes cuando trata el tema de la creación en "*Las Confesiones*", "*La Ciudad de Dios*" y en sus comentarios al Génesis.

Para comprender su postura, precisemos antes la relación entre mutabilidad, tiempo y creación. Como hemos visto, el tiempo, el ser creado y el movimiento van unidos: no se puede hablar del correr de los tiempos sin criaturas, pues el tiempo mismo es creado por Dios, y todo cambio o movimiento se hace en el tiempo. Desde la identificación de estos conceptos Agustín va a responder al problema de la creación del mundo.

Lo primero que hay que aclarar es que la noción cristiana de creación, entendida rectamente, no permite concebir un mundo eterno como los griegos. La eternidad es una característica única de Dios. El tiempo es una criatura, y como tal, nace con la creación del mundo. Ante la irónica pregunta de los maniqueos: ¿qué hacía Dios antes de crear el cielo y la tierra?, San Agustín sostiene que Dios no hizo nada antes de la creación, porque no había un *antes*. La pregunta no tiene sentido porque no hay un espacio de tiempo anterior a la creación; no corre el tiempo *antes* de que el mismo haya sido creado. Escuchemos sus mismas palabras:

«Y no podemos decir que existía algún tiempo, cuando aún Dios nada había creado; pues ¿de qué modo existía el tiempo que Dios no había creado, siendo como es el Creador de todos los tiempos? Y si el tiempo comenzó a existir en el mismo momento que el cielo y la tierra, no podemos en modo alguno encontrar el tiempo antes de que hiciera el cielo y la tierra»¹.

El hecho de que *antes* de la creación del mundo no existiese ninguna sucesión temporal no significa que el mundo sea coeterno a Dios. Dios precede los tiempos, no temporalmente, sino en su eternidad. No hubo un tiempo en el cual Dios permanecía ocioso sin crear, pues siendo Dios eterno, la acción divina no está sujeta a las leyes del tiempo. Ni el mundo ni el tiempo son coeternos a Dios. Ambos nacen con la creación.

La idea de la coeternidad está relacionada con la concepción de la creación *ab aeterno*. Los que defienden esta teoría se basan en que la voluntad divina no puede cambiar y si su eterna voluntad quiere desde siempre la creación del mundo, éste debería existir desde la eternidad. Agustín menciona esa postura en “*La Ciudad de Dios*”:

«Hay otros que confiesan haber sido hecho (el mundo) por Dios, pero no admiten que tenga principio de tiempo, sino de su creación, de suerte que ha sido hecho de continuo en un modo apenas inteligible.»².

Agustín no está de acuerdo con la teoría de la creación *ab aeterno*. Para él nada exige que las criaturas hayan coexistido siempre con el creador: la voluntad divina no cambia porque no haya sido así. Dios pudo crear el mundo en el tiempo sin menoscabo de su designio eterno. En fin, ninguna criatura es creada antes del tiempo, pues siendo mutable y temporal originaría por sí misma el tiempo. El tiempo existe a la par de la creación. El

¹*Del Génesis contra los maniqueos*. I,2,3.

²*La Ciudad de Dios*XI,4,2.

tiempo es creado con el mundo. Antes de ambos sólo existía la eternidad y aclaro que al decir *antes* no implico sucesión temporal. Escuchemos otra cita de Agustín.

«... sin duda no fue hecho el mundo en el tiempo, sino con el tiempo. Lo que efectivamente se hace en el tiempo se hace después de algún tiempo y antes de otro: después de lo que es pasado y antes de lo que es futuro; y no podía haber nada pasado, puesto que no había criatura alguna por cuyos movimientos mudables se realizase el tiempo.»³

Esta concepción del mundo creado *cum tempore* rompe la continuidad con el pensamiento antiguo. Con esta teoría queda descartado el movimiento eterno aristotélico y es negado el tiempo cíclico de los estoicos. Así queda definida, desde la idea cristiana de la creación, una nueva visión del mundo no sujeta a la noción de eternidad. Antes de extenderme en este tema, quisiera puntualizar dos ideas más sobre la creación.

Primero, las cosas que van surgiendo a través del tiempo fueron creadas en el momento de la creación a modo de razones seminales, que se irán desarrollando de acuerdo al plan divino. Esto es un concepto antiguo de los estoicos, ya recogido por San Justino y otros autores cristianos precedentes a Agustín. Desde esta concepción, la historia del mundo se presenta como un despliegue perpetuo de lo concebido en la mente de Dios desde el principio: la creación se despliega en el tiempo.

En segundo lugar, como todo lo que un ser perfecto crea es bueno, los seres creados por Dios, aunque por estar fuera de Él carecen de la plenitud del ser, en tanto que provienen de Él adquieren valor: participan del ser, están religados a Dios; si no lo estuvieran, serían

³La Ciudad de Dios. XI,6.

nada. El concepto de creación implica la bondad originaria de las criaturas. Sin embargo, esta bondad no es absoluta. Las criaturas dependen de Dios, no tienen consistencia en sí mismas, no son autosuficientes; su bondad radica en estar orientadas hacia su creador.

2) El Devenir del mundo y la historia humana

En primer lugar, veamos en qué consiste la concepción griega del tiempo circular. Para los griegos siempre acontece lo mismo, constantemente renovándose y repitiéndose de modo cíclico; o sea, que lo que sucede ahora ya se efectuó y se efectuará nuevamente infinitas veces desde y por siempre. En Platón, este movimiento circular perpetuo que el mundo sigue, apareciendo y desapareciendo, es por imitación de la eternidad; Aristóteles y los estoicos también defendían el retornar constante infinito. Explica Agustín:

“Algunos filósofos del cosmos, al encontrarse con este problema, han creído que no había otra posibilidad de solución más que admitiendo períodos cíclicos de tiempo, en los que la naturaleza quedaría constantemente renovada y repetida en todos sus seres. De esta manera, los siglos tendrían un fluir incesante y circular de ida y vuelta, sea que estos ciclos tienen lugar en un mundo permanente, sea que a intervalos fijos, desde el nacimiento a la muerte, el mundo presenta las mismas cosas como si fueran nuevas, a veces pasadas, a veces futuras.”⁴

En esta concepción, el hombre también está inmerso en el eterno retorno, está atado al mismo como todas las cosas. Se niega la libertad, pues el hombre no cambia el curso de los hechos. De este modo, el movimiento circular determina la vida de la humanidad como

⁴La Ciudad de Dios XII,13,1.

destino del que no es posible salirse. Por esto es que no hay espacio para la historia en la doctrina del tiempo cíclico. Esta concepción circular del tiempo responde a la preferencia del pensamiento griego por la categoría de eternidad. La ausencia del concepto de creación explica el tiempo cíclico. Siendo el tiempo y el mundo coeternos a Dios, existen paralelamente a Él, y se puede afirmar que desde siempre se vienen repitiendo las cosas que suceden en el mundo y así sucederá siempre.

El problema de los griegos radicaba en querer dar forma de eternidad al tiempo del mundo; con la repetición el tiempo se asemeja a la eternidad. Mas la eternidad sólo le compete a Dios, nos dirá San Agustín. La forma del tiempo del mundo es temporalidad lineal. La relación entre la teoría del tiempo circular con la idea de la coeternidad del mundo y del tiempo es tan estrecha que sus defensores se basaban para sustentarlas en el mismo fundamento: la voluntad eterna de Dios.

Para que su voluntad no cambie, es preciso que Dios no se arrepienta de sus actos; y si los hechos no se repiten, es porque se arrepiente de ellos. Siempre pasa lo mismo porque esos hechos que se repiten son la voluntad eterna inmutable. Agustín responderá de la misma forma como les refutó su argumento a favor de la coeternidad del mundo: el error de estos pensadores es que pretenden entender la voluntad eterna según nuestra voluntad temporal.⁵

Las convicciones religiosas de Agustín no son conciliables con este concepto cíclico del tiempo; por eso se dedica a demostrar su falsedad. El Dios cristiano, que desplaza al

⁵ Cf. *La Ciudad de Dios*, XII,17,2.

absoluto impersonal o al motor inmóvil de los clásicos, descarta toda circularidad temporal. Además del concepto de creación, los cristianos saben que su historia tiene principio y fin. Y, por supuesto, la muerte de Cristo es un hecho irrepetible. De aquí que el cristianismo no resista el tiempo cíclico.

Agustín va a demostrar que el eterno retorno es inhumano apelando al anhelo de felicidad del hombre. Desde la concepción cíclica el hombre no tiene posibilidad de una felicidad eterna; que si alcanzara, se vería obligado a dejar al regresar a este mundo de dolor, pues esta teoría entiende que las almas vuelven al mundo a repetir sus vidas incesantemente. La felicidad que se alcanzaría al morir no sería auténtica, argumenta Agustín, pues si conoceremos su brevedad no será plenamente felicidad y si la desconoceremos, estaremos engañados. Escuchemos sus mismas palabras:

“Pero no quiera Dios que sean ciertas tales amenazas de una perpetua y profunda miseria, sólo interrumpida de vez en cuando por períodos de engañosa felicidad. ¿Qué puede haber más falso y decepcionante que esa felicidad, en la que, sumidos en la luz plena de la verdad, ignoramos la desgracia que nos aguarda, o si la conocemos, la estamos temiendo aun encumbrados en el templo de la felicidad?”⁶

El hombre nunca saciaría plenamente su anhelo de felicidad. El eterno retorno trae consigo la eterna miseria de las almas. Porque si se diese el caso de que un hombre alcanzase la eterna felicidad, ésta sería una novedad insostenible por el tiempo cíclico,

⁶La Ciudad de Dios, XII,20,2.

pues no tendría fin.⁷ En la concepción griega no cabe la novedad. Desemboca, por tanto, en un fatalismo cerrado incapaz de posibilitar la felicidad a los hombres.

Agustín rebate definitivamente la concepción circular del tiempo, abriendo el camino a nuevas teorías sobre la historia. La historia necesita progreso, futuro, y esto es lo que nos ofrece Agustín al romper con el tiempo lineal los círculos del eterno retorno

y vislumbrar la historia enmarcada dentro del pasado, presente y futuro: con un principio (la creación) y con un fin (escatológico), parte de Dios y se orienta hacia Él.

Desde esta concepción agustiniana, se puede dividir la historia humana en tres etapas correspondientes a tres estados existenciales del hombre a través del tiempo. Estas tres etapas están delimitadas por acontecimientos que implican novedad en el tiempo: la creación, el pecado, la venida de Cristo y el fin de la historia.

Primera etapa: Con la creación nace el tiempo. Con la creación del hombre nace la historia humana. Este primer estado existencial del hombre se caracteriza porque, junto a las demás criaturas, el ser humano se mantiene en un estado de estabilidad y unión con Dios. La mutabilidad humana estaba orientada positivamente hacia Dios. Esta estabilidad se experimenta en el hombre por gracia divina; la unión con Dios era un don.

El hombre fue creado como un ser intermedio entre los ángeles y las bestias. Si se mantenía fiel en la obediencia y unión con Dios, gozaría con los ángeles de la interminable inmortalidad; pero si desobedecía haciendo mal uso de su voluntad libre, se precipitaría a

⁷ Cf. *La Ciudad de Dios*, XII,13,1.

la mortalidad de las bestias.⁸ La naturaleza del hombre consiste en optar por sublimarse o decaer: sublimarse al mantener su natural tensión hacia Dios y recibir permanentemente la unión con Dios que gozaba por gracia y le asemejaba a los ángeles, o decaer al negar su natural tensión hacia Dios, perdiendo la gracia y asemejándose a las criaturas inferiores.

Sin embargo, el hombre decidió lo peor: perdió el estado de gracia que daba plenitud a su orientación natural hacia Dios y respondía, por tanto, al orden originario de las criaturas. El hombre, al negar su orientación natural, alteró este orden. Así se origina la segunda etapa: el estado existencial del pecado, caracterizado por la mortalidad.

Segunda etapa: En este nuevo estado existencial, fruto del pecado, el hombre es afectado por la separación o alejamiento de Dios. Es interesante que Agustín no coloque la naturaleza humana como una esencia inmutable e inalterable. Por eso hablamos de estados existenciales, o bien, del estado actual de la naturaleza humana, distinto al estado originario. La naturaleza humana puede degenerarse o regenerarse; y todo dependerá de la voluntad libre del hombre. El hombre es un ser libre; y por ello, el estado actual de nuestra naturaleza es resultado de un acto histórico: el pecado.

Considero necesario detenernos en las razones que posibilitaron el pecado que pervirtió la naturaleza humana. Estando el hombre orientado naturalmente hacia Dios, es razonable que nos preguntemos: ¿cómo pudo optar por el pecado? La respuesta es la doctrina del libre albedrío. La libertad humana, por ser criatura y mutable, puede optar entre el bien y el mal, entendiendo el mal como un bien inferior: el amor a las criaturas, concretamente a

⁸ Cf. *La Ciudad de Dios*, XII,21.

uno mismo, en lugar del amor a Dios. La voluntad puede ser mala al negar el orden del amor. La voluntad mala, obrando en contra de la naturaleza, degeneró la misma con el pecado; pudiendo ésta degenerarse por ser también criatura.⁹ De esta forma, por una autodeterminación del ser racional, por el afán de poseerse a sí mismo como si fuera Dios, irrumpe el pecado en el hombre y, como consecuencia, cae él mismo como posesión de las cosas inferiores.

Agustín menciona varias consecuencias del pecado en la naturaleza humana. Hemos ya mencionado la primera: así como el hombre se rebeló ante Dios, así el cuerpo se rebela al alma en este estado existencial y el ser humano sufre el azote de las pasiones. En su estado actual, al hombre le es más difícil optar por Dios: su lejanía de Dios le incita al egoísmo, al desorden del amor, a vivir para sí mismo en detrimento del amor a Dios. Escuchemos cómo lo explica el mismo Agustín:

“Porque el alma, complaciéndose en el uso perverso de su propia libertad y desdeñándose de estar al servicio anterior del cuerpo; y como había abandonado voluntariamente a Dios, superior a ella, no tenía a su arbitrio al cuerpo inferior, ni tenía sujeta a la carne, como la hubiera podido tener siempre si ella hubiese permanecido sometida a Dios. Así comenzó la carne a tener apetencias contrarias al espíritu.”¹⁰

También la mortalidad es consecuencia del pecado; el cuerpo humano, que se mantenía inmortal por la gracia divina, pierde esta gracia. Les presento otra cita de La Ciudad de Dios al respecto:

⁹ Cf. *La Ciudad de Dios*, XIV,13,1.

¹⁰ *Ibid.* XIII,14.

“Para lo cual se debe reconocer que los primeros hombres fueron creados en tal condición que, de no pecar, no experimentarían género alguno de muerte; pero siendo ellos mismos los primeros pecadores, la pena de muerte fue tal que cuanto queda de su estirpe está sujeto a la misma pena. En efecto, por la magnitud de aquella culpa la condenación deterioró la naturaleza: lo que era sólo pena en los primeros hombres pecadores se hizo naturaleza en los que de ellos nacieron.”¹¹

Mas ésta es sólo la muerte del cuerpo; Agustín también nos habla de la muerte del alma. El alma, que se mantenía viva por su unión con Dios, muere al alejarse de él. Además, al perder la gracia originaria por el pecado, el cuerpo empieza a envejecer.¹² Pero no todo está perdido para el hombre. A pesar de esta fisura causada por el pecado, la naturaleza humana, aunque averiada, sigue siendo buena, y el hombre podría por esto reintegrarse al orden perdido. A pesar de este alejamiento de su creador, de esta caída de su estado primero, el ser humano no se separa totalmente de Dios, pues el pecado no lo puede corromper totalmente. El hombre, en tanto que *es*, sigue pendiente del *Ser*, que es su patria. Por esta razón, hay posibilidad de redención. La redención se hace realidad con una nueva intervención divina en la historia humana: la Encarnación.

Tercera etapa: Con la Encarnación nace el tercer estado existencial del ser humano: el hombre redimido. Tanto la Encarnación como la Muerte y Resurrección de Cristo hacen referencia a la misma realidad: la irrupción de Cristo en la historia como redentor del género humano. Este acontecimiento rescató al hombre de su aparente sin sentido, dando sentido a la historia como camino hacia la unión permanente con Dios.

¹¹ *La Ciudad de Dios* XIII,3.

¹² Cf. *De los méritos y perdón de los pecados y sobre el bautismo de los infantes* I,16,21.

Sin embargo, no hay redención sin nuestra participación. Es preciso aclarar el papel que juega la libertad humana en esta etapa de la historia. Así como la voluntad fue la causa del pecado, al desear el dominio, el poder, la posesión, despreciando a Dios; sin una elección de nuestra parte, sin la conversión de nuestra voluntad, no podemos volver la mirada hacia Dios. Es la opción libre del hombre la que determina si la historia es un camino de redención o un camino de perdición. Este es el drama de la historia humana: la lucha por alcanzar la unión con Dios, mientras vivimos la realidad del pecado.

Agustín describe esta dramática lucha a nivel psicológico-personal en "Las Confesiones", donde narra su propia vida, y a nivel histórico-social en "La Ciudad de Dios", donde nos habla de los dos amores que fundaron dos ciudades: el amor a uno mismo, la ciudad terrena, y el amor a Dios, la Ciudad de Dios. Dependiendo de tu amor, eres ciudadano de una u otra ciudad. Estos dos amores son las fuerzas que guían la voluntad humana y la historia. Como vemos, las etapas de la historia humana no se explican sin la libertad que tenemos como criaturas racionales.

Antes de pasar al siguiente punto quisiera decir unas palabras sobre el resto de las criaturas, pues al tratar el tema de la historia parecería que nos limitamos a hablar exclusivamente de los seres humanos. Las criaturas no racionales se ven arrastradas por las racionales en estas etapas de la historia que hemos mencionado. Con el pecado, también las criaturas irracionales se vieron apartadas de su estado primitivo de unión con Dios por depender de los seres racionales: de ahí que el cuerpo se rebele al alma.

De la misma manera, ante la opción libre del hombre de elegir usar el tiempo como camino de redención o perdición en el estado actual de la historia, las criaturas no racionales obedecen a uno u otro fin según el uso que les dé la libertad humana. Es bueno aclarar este punto. El mundo no es malo. Las cosas no son malas. El mal lo introduce la voluntad humana cuando ama las cosas por encima de Dios.

3) El fin del mundo: la Eternidad

Para San Agustín, la historia humana, en tanto que está orientada y camina hacia Dios, se nos presenta como tensión hacia un fin: todo adquiere sentido en función de ese fin. La historia está proyectada hacia el futuro. El presente nos conduce hacia el fin seguro que trasciende la historia, y este fin de la historia es la eternidad. La eternidad es el fin de la historia en un doble sentido: por un lado, es la meta que busca y a la que se dirige, y por otro lado, con ella termina el devenir histórico.

El futuro que da valor y sentido, que autentifica la existencia humana es la vida eterna, la conciencia de ser llamados a la eternidad. Esta eternidad a la que aspiramos y que llegará al finalizar la historia es comparada por Agustín con la paz.¹³ En la vida eterna más allá de la historia reinará la paz; allí la paz alcanzará su plenitud, pues no habrá temor de que termine: será una paz eterna.

La paz plena sólo la pueden encontrar los ciudadanos de la Ciudad de Dios en su futura unión con Dios. Entonces, la ciudad divina saciará todos sus anhelos, gozará de la

¹³ Cf. La Ciudad de Dios XIX,11.

eternidad que ahora desea mientras peregrina en el mundo. Los ciudadanos de la ciudad terrena, en cambio, sólo pueden alcanzar una paz temporal y pasajera en este mundo.

Los miembros de cada ciudad tendrán un fin distinto cuando finalice la historia: la vida eterna o la muerte eterna, la felicidad verdadera o la imposibilidad de alcanzarla. Los que han vivido según el amor a uno mismo experimentarán la eternidad al finalizar la historia en las penas eternas del infierno, en cuerpo y alma, sin posibilidad de conversión, porque ya estarán definitivamente separados de los que aman a Dios. Tampoco formarán entonces una ciudad, pues la ciudad terrena no trasciende la historia como la celestial, su fin es en este mundo. En cambio, el fin de la ciudad de Dios es la eternidad:

“Allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos. He aquí lo que habrá al fin, mas sin fin. Pues ¿qué otro puede ser nuestro fin sino llegar al reino que no tiene fin?”¹⁴

La separación definitiva de los miembros de las dos ciudades agustinianas se efectuará al finalizar la historia. Junto con la historia, terminará también este mundo¹⁵ y surgirá un cielo nuevo y una tierra nueva. Ese día, los justos que se encuentren vivos morirán por un instante para luego resucitar a la eternidad sin fin. Agustín no concibe esa vida eterna sin pasar antes por la muerte. Moriremos a nuestro estado existencial actual, para pasar a una naturaleza glorificada, que puede ser comparada al estado originario de la naturaleza humana por la carencia de pecado.¹⁶ Sin embargo, la glorificación supera en excelso el

¹⁴ *La Ciudad de Dios* XXII,30,5.

¹⁵ Cf. *Ibid.* XX,18.

¹⁶ Cf. *Ibid.* XX,26,1.

estado existencial originario, porque recibiremos la gracia de no poder pecar. Nuestra libertad será tan plena que no se sentirá inclinada al pecado y no podrá caer.¹⁷

“Pero como esta naturaleza (la originaria) pecó cuando pudo pecar, necesitó ser liberada con una gracia más amplia, para llegar a aquella libertad en la cual no puede pecar. Así como la primera inmortalidad, que perdió Adán por el pecado, consistía en poder no morir, la última consistirá en no poder morir; así el primer libre albedrío consistió en poder no pecar, y el segundo en no poder pecar.”¹⁸

Los hombres en la eternidad permanecerán con sus cuerpos, los cuales serán allí inmortales como las almas. Tanto la carne como el espíritu descansarán eternamente. La carne resucitará transfigurada, pero permaneciendo carne, como carne espiritual sujeta al espíritu;¹⁹ o sea, seguirán viviendo carne y espíritu unidos, aunque en estado salvífico. Allí alma y cuerpo vivirán un orden perfecto, como no habrá inclinaciones al pecado. El cuerpo obedecerá al alma y también el alma a Dios en un orden y paz eternos y gozosos. No habrá la dificultad de orientar las pasiones, pues el cuerpo no estará rebelado contra el alma.²⁰

En la eternidad habrá conciencia del pasado; por lo cual los glorificados darán gracias a Dios por su liberación.²¹ La única actividad será alabar sin cansancio a Dios, a quien contemplarán eternamente. Aunque lo que harán los santos, más que una actividad, es un reposo, un descanso,²² en la paz de la vida eterna.

¹⁷ Cf. *La Ciudad de Dios* XXII,30,3.

¹⁸ *Ibid.* XXII,30,3.

¹⁹ Cf. *Ibid.* XXII,21.

²⁰ Cf. *Ibid.* XIX,27.

²¹ Cf. *Ibid.* XXII,30,4.

²² Cf. *Ibid.* XXII,29,1.

Allí se experimentará la felicidad plena, pues la vida no puede ser verdaderamente feliz si no es eterna.²³ Esta felicidad eterna es la alternativa que ofrece Agustín en oposición a la *eterna miseria* que él atribuía al tiempo cíclico del pensamiento griego. Ésta es, en fin, la vida eterna, que teniendo como principio el fin de la historia, no tendrá ya fin. Éste es el fin que no tiene fin y da sentido a nuestra vida.

P. Oscar Jiménez, OSA

²³ Cf. *Tratado sobre la Santísima Trinidad* XIII,8,11.